



La edición iberoamericana (México y Argentina, siglo xx)

Por Francisco Fuster García

El acercamiento de América y España no lo harán ni los gobiernos, ni los embajadores, ni las academias y corporaciones oficiales, ni las cámaras de comercio, ni los industriales, ni las líneas rápidas de vapores... El acercamiento espiritual de las naciones americanas y de la nación española –hermanas en raza y en lengua– lo harán los libros.

AZORÍN, Libros, buquinistas y bibliotecas

EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO: IBEROAMÉRICA COMO MERCADO

Durante el período al que la historiografía ha bautizado como «Edad de plata» de la cultura española (1900-1939), el sector editorial hispanohablante experimentó un crecimiento realmente destacado, gracias a la aparición y consolidación de empresas españolas nacidas en la segunda mitad del siglo XIX, como Espasa, Montaner y Simón, Calleja o Sopena, por citar sólo las más conocidas; o aparecidas ya durante las primeras décadas del siglo XX, como Gustavo Gili, Seix Barral, Labor, Biblioteca Nueva, Calpe, Aguilar o la CIAP (Compañía Iberoamericana de Publicaciones), entre otras. Pese a ser, en la mayoría de casos, editoriales de tamaño pequeño y capital reducido, dichas empresas fueron las responsables de introducir en el mundo de la edición una serie de novedades que tuvieron como principal consecuencia la aparición de la figura del editor, en el sentido moderno del oficio como alguien cuya profesión se separaba por primera vez de la del impresor o el librero, con quienes antes compartía labores o atribuciones.

No obstante esta realidad tan positiva, lo cierto es que el mercado editorial español seguía teniendo un problema notable de desajuste entre la oferta, cada

vez más variada y potente, y la demanda, que seguía siendo escasa y limitada. En este contexto de desequilibrio, la reacción natural de los editores fue la de buscar soluciones a ese problema; entre ellas, se pensó en la necesidad de reforzar sus posiciones en un mercado americano al que hasta entonces, y pese a los evidentes puntos en común que unían a ambas sociedades, empezando por el idioma, no se le había prestado la suficiente atención, quizá por la carencia de medios o, tal vez, por la falta de una perspectiva comercial más audaz. En cualquier caso, y como ha sintetizado María Fernández Moya (2009), ese asalto al ámbito latinoamericano no resultó nada fácil, pues presentaba dificultades tales como: la feroz competencia de las editoriales extranjeras (básicamente francesas, pero también alguna alemana, inglesa o estadounidense) que, conscientes de las posibilidades que ofrecía un mercado de habla hispana no explotado, habían empezado a editar libros en castellano, tanto originales como traducciones; el elevado precio que, por distintos motivos (coste del papel y del transporte, sobreprecio añadido por los libreros en el país de destino, etcétera), alcanzaba el libro editado en España y vendido en América; y la poca habilidad de los editores españoles a la hora

de «vender» su oferta a través de la publicidad o de catálogos que se adaptaran mejor al gusto de su nuevo público. Por si todo esto fuera poco, a esos factores adversos había que añadir el asunto de la piratería, concretada en «la aparición de ediciones fraudulentas en todo el continente americano, y principalmente en Argentina, Chile, Uruguay y Paraguay», que salían a la venta de forma anónima (sin pie de imprenta o con nombres de editoriales que no existían) y «suponían un negocio seguro al ofrecer una obra de éxito reclamada por el lector una vez agotado el envío inicial desde Madrid o Barcelona» (Martínez Rus, 2001, 283).

En este sentido, la apertura por parte de Espasa-Calpe (nacida de la fusión en 1925 de la barcelonesa editorial Espasa, fundada por los hermanos Pablo y José Espasa Anguera en 1860, y de la madrileña Compañía Anónima de Librería y Publicaciones Españolas, fundada en 1918 por Nicolás María de Urgoiti) de varias delegaciones en territorio americano (primero en Argentina, en 1928, y después en México y Cuba, en 1930 y 1931, respectivamente) fue la excepción que confirmó una regla: la penetración de las editoriales españolas en Iberoamérica durante el primer tercio del siglo fue más bien tímida e irregular, si la comparamos con la de otras industrias europeas que nos llevaban mucha ventaja. Dicha situación cambió radicalmente a raíz de un suceso histórico –la Guerra Civil española– que tuvo, entre sus no menores consecuencias, la del exilio forzoso de una importante cantidad de escritores, editores e intelectuales republicanos que continuaron en América la intensa actividad cultural que ya habían

empezado a desarrollar en España durante los años de la Segunda República. Como ha señalado Juan Carlos Sánchez Illán, después de la contienda, «el centro de gravedad de la edición en español se trasladó a Ciudad de México y Buenos Aires», donde los exiliados encontraron «la misma lengua y señas de identidad, así como unas plataformas culturales y espacios de convivencia ya consolidados: editoriales, periódicos, revistas e instituciones culturales» (Sánchez Illán, 2015, 549). Hablar de la historia de la edición en español durante las décadas centrales del siglo xx, cuando en España se vivía la dictadura franquista, con todo lo que su existencia supuso para la cultura, es hablar, necesariamente, de México y Argentina. La historia editorial de estos dos países es larga y compleja, por lo que resultaría imposible resumirla aquí de forma parcial y precipitada. A pesar de esta evidencia, sí es posible trazar un panorama sintético que nos proporcione alguna pista sobre el impacto que tuvo esa llegada de los exiliados españoles a América y sobre cómo esa presencia influyó en el desarrollo de las empresas editoriales que ya existían en territorio mexicano y argentino, y en otras nuevas que surgieron, precisamente, a raíz de este desembarco.

EL DESPERTAR DE LA EDICIÓN EN MÉXICO, PAÍS DEL EXILIO

Durante las décadas posteriores a 1939, y sobre todo durante los años que transcurren entre esa fecha y la de 1950, Ciudad de México se convirtió en el epicentro del exilio republicano español, no sólo por la acogida que los escritores, intelectuales o políticos desterrados re-

cibieron en el país presidido por Lázaro Cárdenas (1934-1940), Manuel Ávila (1940-1946) y Miguel Alemán (1946-1952), respectivamente, sino por la cantidad de iniciativas culturales de todo tipo (desde la creación de revistas, editoriales o periódicos hasta la fundación de instituciones tan emblemáticas como el Ateneo Español de México, pasando por la docencia ejercida por muchos intelectuales en escuelas y universidades del país azteca) en las que participaron de forma activa los exiliados. En este sentido, existe una importante diferencia entre las empresas editoriales llevadas a cabo por los españoles emigrados en México y las realizadas en otros países americanos en los que, sin llegar a tener –ni mucho menos– el desarrollo que después tuvo, sí existía ya una tradición editorial anterior: «Si en Argentina o Chile puede hablarse de una época dorada de la edición, en el caso de México asistimos a un verdadero nacimiento editorial, ya que la industria era prácticamente inexistente a la altura de 1936, con la excepción de Fondo de Cultura Económica» (Sánchez Illán, 2015, 553-554).

La historia del Fondo de Cultura Económica (fundado en 1934), que es una editorial cien por cien mexicana, pero en cuyo desarrollo y éxito jugaron un papel fundamental los exiliados republicanos españoles, se remonta a los inicios de la década de los treinta, cuando, al calor del interés por la economía surgido en el seno del Estado mexicano (en 1929 se había fundado la Facultad de Economía de la UNAM), un grupo de jóvenes intelectuales y profesores, liderados por el jurista Daniel Cosío

Villegas (1898-1976), primer director del FCE, se proponen potenciar la enseñanza de esta disciplina en el ámbito universitario mexicano. Con el objetivo de participar en el debate académico internacional y de proveer a las jóvenes generaciones mexicanas de un stock bibliográfico que sirviera para su formación con vistas a la renovación del país, en 1934 se fundan dos instituciones cuya actividad no ha cesado desde entonces: la revista *El Trimestre Económico* y el Fondo de Cultura Económica, detrás de cuyo origen está el propio Estado mexicano, encargado de sostener y financiar una editorial que, sin llegar a ser una empresa pública, siempre ha estado vinculada al gobierno del país como uno de sus mayores bienes.

El estrecho vínculo establecido entre el FCE y el exilio español tiene que ver con el hecho de que, ya durante la Segunda República, y sobre todo en los años de la Guerra Civil, México colaboró con la intelectualidad española a través de un plan para la emigración en el que, como ha explicado Gustavo Sorá, jugaron un papel destacado tanto Cosío Villegas como el también intelectual y escritor mexicano Alfonso Reyes (1889-1959). Ambos participaron en el proceso de fundación de la Casa de España en México (1938), con sede en el mismo edificio del FCE, y del organismo al que esta dio origen poco después: el Colegio de México, fundado en 1939 como una institución dedicada a la cultura española, presidida por el propio Reyes (Sorá, 2010, 545-546). La afinidad ideológica entre los impulsores de estos proyectos y los republicanos españoles hizo que, casi desde sus inicios, el FCE incorporara-

ra como colaboradores a un importante grupo de exiliados entre los cuales podríamos nombrar a perfiles tan distintos como los de José Gaos, Wenceslao Roces, Adolfo Salazar, León Felipe, Max Aub, Ernestina de Champourcín y Juan José Domenchina (Gracia y Ródenas, 2011, 32). Muchos de ellos colaboraron como asesores, traductores, tipógrafos o directores de colección, pero también publicaron algunas de sus obras –costeando, eso sí, la impresión de los libros– en la famosa Tezontle, primera colección literaria que tuvo el FCE (Sánchez Illán, 2015, 559).

Esta presencia de la cultura española republicana marcó los primeros años del Colegio de México y de un catálogo del FCE que, a partir de la década de los cuarenta, viró de forma clara y decidida hacia el ámbito del americanismo, en una maniobra en la que destacan la creación en 1942 de la revista *Cuadernos Americanos*, y la puesta en marcha en 1945 de dos de las colecciones más emblemáticas del FCE, «Tierra Firme» y «Biblioteca Americana», con las que se pretendía crear un espacio de diálogo y debate para los problemas que afectaban a las distintas realidades nacionales de todo el continente. Y todo ello en medio de un proceso de expansión y alianzas intelectuales con otros países iberoamericanos puesto en marcha por Cosío Villegas, que se tradujo también en la apertura de la primera sede de la editorial en Argentina (1945). Precisamente en Argentina encontró FCE a la persona que iba a relevar a Cosío Villegas en la dirección de la editorial y que iba a protagonizar, como ha sido reconocido de forma unánime, su etapa de mayor

esplendor y desarrollo. Arnaldo Orfila Reynal (1897-1997), Doctor en Ciencias Químicas por la Universidad Nacional de La Plata, asumió la dirección del FCE en 1948 y se mantuvo en el cargo hasta 1965, cuando fue forzado a dimitir tras la llegada a la presidencia de México, un año antes, del conservador Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970), y la publicación de algunos libros –se suele citar el caso de *Los hijos de Sánchez* (1961), del antropólogo estadounidense Oscar Lewis– cuyo sesgo ideológico (Orfila había apoyado públicamente la Revolución Cubana de 1959 y había mostrado su compromiso con la literatura insurgente y revolucionaria) incomodó a la nueva intelectualidad dominante en el país. Mientras estuvo en el cargo, eso sí, Orfila apostó por la consolidación de la literatura mexicana (creó la colección Letras Mexicanas, donde se publicó a Octavio Paz, Juan Rulfo y Carlos Fuentes, entre otros) y por la apertura de la editorial desde el ámbito más estrictamente académico a otro más popular que hiciese llegar sus libros al más amplio espectro posible de lectores (para ello se crearon dos colecciones míticas como Popular y Breviarios).

La salida de Orfila Reynal, que pocos meses después de su dimisión fundó la editorial Siglo XXI, cerró la etapa dorada del FCE y abrió un período en el que proliferaron varias editoriales (Joaquín Mortiz, Era o la propia Siglo XXI) que, por primera vez en muchos años, rompieron el aparente monopolio del FCE y, sin cuestionar en ningún momento su hegemonía, sí propiciaron una apertura del mercado editorial mexicano. Ya en los años ochenta, el FCE recuperó el

prestigio perdido durante este período de transición y se consolidó como uno de los principales grupos editoriales en lengua española, con una potente red de filiales y librerías en la mayoría de países hispanohablantes, y con un catálogo amplísimo en el que conviven las colecciones clásicas con otras de más reciente creación. Desde el punto de vista de su trayectoria, y como ha señalado Víctor Díaz Arciniega, si algo destaca en la historia del FCE, además de esa vocación transnacional y americanista a la que ya me he referido, es la capacidad que tuvo en sus orígenes para unir lo mejor de ambos mundos a través de ese enriquecedor diálogo entre los exiliados de un país que expulsaba a su cultura y los jóvenes intelectuales de otro que apenas empezaba a crear la suya: «La estructura básica del FCE está asentada en la virtual confluencia de dos historias y propósitos convergentes, pese a sus orígenes y dimensiones: la Revolución Mexicana y la República Española o, si se quiere, en una sola tarea común, clásica, humanística» (Díaz Arciniega, 1994, 80).

Dejando al margen el caso del FCE, cuya peculiaridad ya he reseñado, la primera gran editorial vinculada al exilio español fue la Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana (UTEHA) (1937-1977), fundada en 1937, en Ciudad de México, por José María González Porto (1895-1975), un gallego que primero había emigrado a Cuba por razones económicas y que ya tenía experiencia como librero y editor, puesto que había trabajado para la empresa catalana Montaner y Simón, y en 1933 había fundado una pequeña editorial que llevaba su nombre. El éxito de esta última

iniciativa le granjeó un prestigio dentro del sector que supo aprovechar para levantar la UTEHA con la ayuda de varios exiliados políticos entre los que destaca, por la labor que desarrolló, el ingeniero industrial catalán Estanislau Ruiz Ponsetí (1889-1967), quien ya poseía una importante experiencia (había trabajado en la editorial Gustavo Gili) y asumió el cargo de gerente de la empresa. El buen hacer del equipo liderado por González Porto hizo que pocos años después de su fundación, UTEHA se hubiese consolidado como una de las editoriales más importantes del país, lo que le permitió iniciar un proceso de expansión a través de la creación de una amplia red de librerías y del establecimiento de sucursales en España, Portugal y varios países de Iberoamérica. Con respecto a su catálogo, publicó distintas colecciones de temática variada, nutridas fundamentalmente de obras de prestigio internacional que fueron traducidas al castellano por los exiliados. Ahora bien, el proyecto de mayor envergadura y el que más y mejor reflejó la calidad –tanto en contenido, como en la forma– y el espíritu de UTEHA fue el *Diccionario Enciclopédico UTEHA*, una obra monumental (doce volúmenes, trece mil páginas, más de quinientas mil entradas), publicada entre 1949 y 1964, y redactada por cerca de tres mil especialistas, en lo que supone uno de los hitos de la labor cultural emprendida por la intelectualidad española en el exilio.

Igualmente temprano fue el nacimiento de la editorial Atlante (1939-1959), fundada originalmente en la sede del Consulado de México en París, y luego trasladada a Ciudad de México,

de la mano del ya citado Ruiz Ponsetí y del economista zaragozano Manuel Sánchez Sarto (1897-1980), quien ya había trabajado en España como director de la editorial Labor. A ellos se sumaron después varios catedráticos y científicos de prestigio vinculados al PSUC (Partido Socialista Unificado de Catalunya), cuya aportación económica fue fundamental a la hora de poner en marcha la editorial, y a otras organizaciones y partidos de la izquierda republicana y comunista, como el profesor riojano Leonardo Martín Echeverría (1894-1958) o el editor catalán Joan Grijalbo, que empezó en Atlante como administrador y acabó haciéndose con el control de la empresa durante sus últimos años de actividad, en lo que se puede considerar como el primer paso para la futura creación de la editorial Grijalbo.

A diferencia de la UTEHA, cuyo catálogo fue más ecléctico, las publicaciones de Atlante se centraron de forma monográfica en la filosofía (editaron títulos tan llamativos como la primera edición del famoso *Diccionario de filosofía* de José Ferrater Mora, en 1941) y, sobre todo, en el ámbito científico-técnico y educativo, entendiendo estos en un sentido amplio que iba desde lo más académico u ortodoxo (destaca la publicación de *Ciencia: revista hispanoamericana de ciencias puras y aplicadas*, principal portavoz de la ciencia española en el exilio, de la que aparecieron veintinueve números entre 1940 y 1975), hasta textos de divulgación y síntesis históricas, muchas de las cuales fueron traducidas por primera vez al castellano. Pese a sus dificultades para sobrevivir, la editorial se mantuvo en pie durante dos

décadas, en las que dio a la imprenta un total de más de setenta títulos.

Siguiendo un orden cronológico, la siguiente editorial fundada por los exiliados españoles en México fue la editorial Séneca (1940-1948), un sello auspiciado por la Junta de Cultura Española, creada por los exiliados de la guerra en París y trasladada, posteriormente, a tierras mexicanas. Al igual que la revista *España Peregrina*, fundada por el escritor madrileño José Bergamín (1895-1983) pocos meses antes en el seno de la misma institución, Séneca nació con el inequívoco objetivo de dedicar su catálogo a la defensa de los valores y la tradición cultural republicana. Bajo la dirección técnica de Bergamín, y con el apoyo económico y logístico del SERE (Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles), impulsado por el presidente de la República en el exilio, Juan Negrín, la editorial ofreció muy pronto sus primeros frutos: nada más y nada menos que la edición de las primeras *Obras completas* (1940) de Antonio Machado y la primera edición de *Poeta en Nueva York* (1940), de Federico García Lorca, dentro de una colección -Árbol- en la que también aparecieron títulos de Luis Cernuda, Pablo Neruda, Pedro Salinas o el propio Bergamín. Además de esta colección, quizá la más significativa, Séneca editó también a varios autores clásicos (Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Baltasar Gracián) dentro de su colección Laberinto, y dedicó otra serie, titulada Lucero, a albergar a jóvenes autores contemporáneos, españoles e iberoamericanos de la talla de Rafael Alberti, César Vallejo y Octavio Paz, por citar sólo algunos.

Un caso especialmente interesante dentro este panorama es el de la editorial fundada en 1949 por el editor catalán Joan Grijalbo Serres (1911-2002), militante del PSUC que antes de salir de España ya había ejercido como delegado de la Generalitat en la Cámara del Libro de Barcelona. Como consecuencia del estallido de la Guerra Civil, emigró a Francia y de allí a México, donde entró en contacto con el grupo de exiliados que participaron en la fundación de la editorial Atlante, en la que Grijalbo tuvo un papel destacado, hasta el punto de llegar a ser su máximo responsable durante los últimos tiempos. La salida de la empresa de sus socios le hizo refundarla con el nombre de editorial Grijalbo (1949-1989), con el que se mantuvo durante cuarenta años (primero en México y después, a partir de los sesenta, en España) de intensa actividad en la que siempre tuvieron un peso muy importante las traducciones al español de autores extranjeros. Desde sus inicios por cuenta propia, Grijalbo compuso un catálogo heterogéneo en el que se combinaba la narrativa, la historia y el ensayo, alcanzando un notable éxito de ventas que le permitió abrir sucursales en la mayoría de países iberoamericanos. Su militancia comunista le impulsó a traducir obras clásicas del pensamiento marxista, incluidos varios títulos publicados por la Academia de Ciencias de la Unión Soviética (*La sagrada familia y otros escritos*, de Marx y Engels, o la correspondencia secreta de Stalin, entre otros), pero prestó mucha atención a las biografías históricas (en sus colecciones «Figuras Imperiales» y «Biografías Gaudes») y a la narrativa, con títulos de au-

tores norteamericanos que luego se convirtieron en *bestsellers*, como sucedió en el caso de *El padrino*, de Mario Puzo.

Como ha señalado Manuel Llanas, en los años ochenta este abanico temático se amplió incluso más, dando lugar a un catálogo que este historiador de la edición divide en seis grandes bloques: dos series de *bestsellers* (una de ficción y otra de no ficción) con un total de doscientos cincuenta títulos; un bloque formado por libros de autoayuda, gastronomía o por las obras de N. Vincent Peale, además de obras dedicadas a la pedagogía y la psicología; manuales de relaciones humanas y sexología; una cuarta sección con biografías de grandes personajes (la gran mayoría traducidas) y síntesis históricas (la más exitosa de las cuales fue *La guerra civil española*, de Hugh Thomas); libros de filosofía y sociología que insistían en la difusión del pensamiento marxista; y, por último, un ámbito dedicado a los diccionarios y las obras de gran formato (Llanas, 2006, 251-252). Aunque llegó a obtener la nacionalidad mexicana, Grijalbo regresó de América a principios de los sesenta para instalarse en Barcelona, donde se dedicó a comercializar su producción mexicana a través de una distribuidora que, con el tiempo, ejerció también como editorial, coordinada con la de México. Durante los años setenta y ochenta, y gracias a la creación de nuevos sellos como Ediciones Junior (1976) o Grijalbo-Darguard (1980), dedicados, respectivamente, a la edición de cómics españoles y francobelgas, Grijalbo pasó a ser un grupo editorial que englobaba varios sellos independientes y especializados.

ARGENTINA Y SUS GRANDEZAS (Y SUS MISERIAS)

Al igual que sucede en el caso de México, en la historia de la edición argentina hay un antes y un después de la llegada de los empresarios e intelectuales españoles que se exiliaron a aquel país, ya fuese por motivos económicos, ya por razones políticas relacionadas, evidentemente, con el estallido de la Guerra Civil en España. Aunque es verdad que en el caso de la República Argentina sí existía previamente un mercado editorial propio, en el que también participaban las editoriales españolas a través de la exportación de sus libros, no es menos cierto que resulta insoslayable la importancia ejercida por editores y libreros españoles exiliados en el despegue definitivo de la industria editorial nacional. De hecho, uno de los primeros pasos en este proceso fue la conversión en sociedades anónimas, entre 1937 y 1938, de las delegaciones que varias editoriales españolas (Labor, Espasa-Calpe o Juventud) habían abierto en aquel país ya durante los años previos a la guerra. Sin embargo, el auténtico punto de inflexión se produjo en la década de los cuarenta, cuando nacen tres grandes editoriales (Losada, Sudamericana y Emecé) puestas en pie por editores y profesionales españoles, y en las que, por primera vez, el capital ya no es de origen español, como sucedía con las citadas delegaciones, sino íntegramente autóctono (Sánchez Illán, 2015, 565). Como ha puesto de relieve José Luis de Diego, el origen y desarrollo de la «época de oro» de la industria editorial argentina, que este especialista sitúa entre 1938 y 1953, está íntimamente ligado al nacimiento de estas ca-

sas editoriales que, a su vez, dependen en buena medida del éxodo hacia América de editores y profesionales del sector, protagonistas del exilio republicano (De Diego, 2006: 91). Y digo en buena medida porque, según este mismo autor, en el caso de Argentina, al menos, se ha exagerado un poco el vínculo entre estos dos hechos, no porque la aportación de los exiliados no fuese significativa, sino porque algunos de los protagonistas del período –cita el caso de Gonzalo Losada– ya se habían exiliado antes de la guerra y otros, como Manuel Olarra y Antoni López Llausàs no llegaron al país huyendo de la represión franquista, sino, contrariamente, de los excesos cometidos por los «rojos» durante el conflicto (De Diego, 2006, 103).

En cualquier caso, lo que sí parece claro es que en la década de los cuarenta coincidieron una serie de circunstancias (coyuntura económica favorable, existencia de un público lector o hundimiento de la industria editorial en España) que hicieron posible no solo la consolidación del mercado editorial argentino en el interior del país, sino su expansión a un ámbito internacional en el que, hasta entonces, no había incursionado. Por eso, conviene matizar que estas grandes editoriales no se fundan sobre un páramo, sino que se aprovechan, gracias a sus potentes catálogos y sus modernos criterios de comercialización, de un proceso de captación de nuevos mercados que ya estaba en marcha (De Diego, 2006, 102). En este sentido, dos hechos de gran trascendencia confirman la importancia que había adquirido el sector del libro a principios de la década de los cuarenta: la creación en 1941 de

la Cámara Argentina del Libro, fundada en 1938 como sociedad de editores, y la inauguración en 1943 de la primera feria del libro organizada por dicha institución, y visitada por más de un millón de personas (Sagastizábal, 2005, 2).

Siguiendo el orden cronológico en el que nacieron, la primera gran editorial de las que protagoniza este período de auge de la edición argentina es Espasa-Calpe Argentina, fundada el 22 de abril de 1937 como una editorial independiente, heredera de la filial que Espasa-Calpe había abierto en el país nueve años antes, al frente de la cual estaban el madrileño –de origen gallego– Gonzalo Losada y el vasco Julián Urgoiti (hijo de Nicolás María de Urgoiti). Al estallar la Guerra Civil, se produce un alejamiento entre el dúo Losada-Urgoiti (de ideología más próxima a los valores republicanos) y la dirección de Espasa-Calpe en España (menos comprometida con ellos), que decide enviar a Manuel Olarra, hasta entonces responsable de la expansión de las sucursales de la editorial en América, para que se ponga al frente del nuevo sello, que a finales de septiembre de 1937 ya lanzaba a la calle sus primeros títulos, con los que se inauguraba la después célebre colección Austral. En realidad, el proyecto de Austral venía gestándose desde antes, cuando Losada había tomado la decisión de «poner en marcha una nueva colección con la que compensar la falta de ingresos debido a la guerra y al mismo tiempo combatir la piratería, tan intensa que afectaba a la producción» (Sánchez Vigil, 2012, 32). Ya en 1936, Losada contrató al escritor y crítico literario Guillermo de Torre (1900-1971)

para que le ayudase a elaborar el plan editorial de la nueva colección, cuyo primer número fue *La rebelión de la masas* (1937), de José Ortega y Gasset, al que siguieron centenares y centenares de títulos editados en formato bolsillo (11,5 x 18 cm), agrupados en varias series temáticas, distinguidas por el color de sus cubiertas. Como ha señalado Fernando Larraz, Austral conformó un catálogo extenso y prestigioso en el que, no obstante esa amplitud, sí se observa un claro desequilibrio entre el porcentaje de traducciones y de autores españoles no identificados con una ideología contraria al régimen franquista, y la menor presencia de autores latinoamericanos (están algunos modernistas como Rubén Darío, Horacio Quiroga y Amado Nervo, clásicos como Sor Juana Inés de la Cruz, el Inca Garcilaso y José Hernández, o autores de tendencia más bien conservadora, como Alfonso Junco o Enrique Larreta), lo que sin duda genera la sospecha de que la selección de los títulos no era en absoluto ajena a las líneas marcadas por la política cultural de la dictadura. A pesar de esta realidad, lo cierto es que, más que el descubrimiento de autores nuevos, el mérito de Austral (y, por extensión, de Espasa-Calpe Argentina) fue el de servir como plataforma de acceso a la cultura para un público más amplio que el que hasta entonces había tenido la editorial: «Su gran aportación para los lectores latinoamericanos, más que la actualidad de los autores que lo integran, es que puso a su disposición el extraordinario catálogo de Espasa-Calpe a un precio y una accesibilidad inéditas hasta entonces» (Larraz, 2009, 5).

Gonzalo Losada Benítez (1894-1981) llegó a Argentina en 1928 enviado por Espasa-Calpe para ponerse al frente, junto a Julián Urgoiti, de la sucursal abierta por la editorial en aquel país. Aunque en 1937 dicha sucursal se convirtió en una sociedad autónoma, Espasa-Calpe Argentina, sin que cambiase la dirección, las desavenencias entre la línea –más próxima al bando franquista– adoptada por Espasa-Calpe durante la Guerra Civil y la ideología republicana y liberal de Losada, le hizo abandonar la empresa. A los pocos meses de salir de Espasa-Calpe Argentina, Losada fundó su propia editorial, en la que ejerció como máximo accionista y director hasta que abandonó el cargo y la empresa pasó a manos de su hijo y sucesor, Gonzalo Pedro Losada. Desde el primer momento, Losada se convirtió en «la editorial de los exiliados por excelencia y en un espacio privilegiado de sociabilidad de intelectuales españoles y argentinos, residentes antes de la guerra, como Guillermo de Torre, Diego Abad de Santillán y Amado Alonso, junto a otros recién llegados como Francisco Ayala, Luis y Felipe Jiménez de Asúa, Lorenzo Luzuriaga o Manuel Lamana» (Sánchez Illán, 2015, 566).

Durante los años en los que estuvo al frente, Gonzalo Losada dio forma a un catálogo con un fuerte componente ético y político, en el que predominaban de forma muy clara los autores de ideología republicana y liberal. En este sentido, se puede decir que el exilio encontró en la editorial «un cauce en su proceso de adaptación a la nueva realidad, un acogedor ámbito de inserción en el nuevo marco cultural, en perfecta simbiosis de

finés e intereses. Losada actuó siempre como un editor a la antigua usanza y mantuvo lazos personales muy estrechos con un elevado porcentaje de los autores de la casa» (Sánchez Illán, 2015, 567). Durante la década de los cuarenta y cincuenta, en Losada publicaron figuras tan significativas del exilio como Rafael Alberti, Luis Cernuda, José Ferrater Mora, Manuel Azaña, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Arturo Barea, María Teresa León, León Felipe, Pedro Salinas o Federico García Lorca, de quien Losada editó por primera vez sus *Obras completas*, prologadas por Guillermo de Torre. Teniendo en cuenta esta nómina de autores, no es difícil imaginar que, durante mucho tiempo, el catálogo de Losada estuviera prohibido en la España franquista.

De entre las muchas colecciones que puso en marcha la editorial destaca, por el inusitado éxito que alcanzó (478 volúmenes entre 1938 y 1982), la Biblioteca Contemporánea, dirigida por el propio de Torre y surgida, al parecer, como respuesta a la colección Austral, con un formato muy parecido (libros de tamaño reducido y precios populares) y con esa misma intención de llegar a un público lo más amplio posible, a través de un catálogo variado. A diferencia de lo que sucedía con Austral, donde los autores españoles más publicados eran –se entiende que por razones ideológicas– los de la generación del 98, se apostó más decididamente por la generación de autores contemporáneos (especialmente poetas), cuya afinidad estética e ideológica con el editor era más evidente (De Diego, 2006, 93). Aun así, más que colecciones antagónicas, cabe pensar que

fueron complementarias, en el sentido de que cada una de ellas aportó una cosa distinta a ese creciente público lector iberoamericano: «Mientras la colección Austral ofreció a los lectores americanos un repertorio de la cultura occidental clásica en ediciones dignas y de precio reducido, la Biblioteca Contemporánea puso en esas mismas manos, y también a un bajo precio, un acervo cultural atento a las tendencias y corrientes del momento» (Larraz, 2009, 8).

Gracias a estas y a otras colecciones (Obras Maestras, Grandes Novelistas, Biblioteca de Estudios Literarios, Panoramas, Biblioteca Filosófica, Filosofía y Teoría del Lenguaje, Ciencia y Vida), pero, sobre todo, gracias al buen hacer de un editor de raza que supo rodearse de grandes colaboradores y autores, Losada pasó de ser una editorial pequeña a convertirse en toda una referencia de la edición en lengua española, haciendo coincidir esa «edad de oro» de la historia editorial argentina con su propia etapa de máxima esplendor: «Hacia 1958 Losada tenía más de dos mil doscientas obras editadas, esto representaba doce millones largos de ejemplares publicados, a la par que con sus tres edificios y sus 180 personas trabajando en su empresa, contaba con sucursales en Uruguay, Chile, Perú y Colombia. Además poseía representantes en Madrid, Río de Janeiro, Méjico, Nueva York, Oxford, París y Guatemala» (Dabusti de Muñoz, 1999-2000, 402). A finales de los años ochenta, la editorial atravesó una crisis económica que acabó con su venta en 1990 al editor asturiano afincado en Argentina, Juan José Fernández Reguera, quien estuvo al frente del grupo durante

unos años en los que consiguió reflotar la empresa, cuya sede social se trasladó a Oviedo en el año 2001. Aunque durante la primera década del siglo *xxi* el sello mantuvo su actividad, basada, sobre todo, en la reedición de títulos clásicos de su catálogo, hoy parece que esta ha cesado, no sabemos si de forma definitiva o sólo temporal.

El mismo mes en que se fundaba Losada, diciembre de 1938, se fundó también Editorial Sudamericana, si bien se suele dar la fecha de 1939 como la de inicio de la editorial, pues fue entonces cuando se sentaron las bases reales de un proyecto en el que tuvieron un papel destacado políticos y empresarios catalanes cercanos a la institución Casa de América, de Barcelona, vinculada, su vez, a Francesc Cambó, líder de la Lliga Regionalista de Catalunya. De hecho, fue el gestor cultural catalán Rafael Vehils (1886-1959), mano derecha de Cambó y director de la citada Casa de América, quien propuso la creación de una editorial en Argentina, donde él mismo residía, y quien apostó por el editor catalán Antonio López Llausàs (1886-1979), propietario de la Librería Catalonia y director de la editorial Catalana, quien por entonces se encontraba exiliado en Francia, para asumir la dirección de ese nuevo sello con sede en Buenos Aires. Un proyecto que pretendía aprovecharse del tejido empresarial y el entramado de relaciones culturales forjado por el propio Vehils, y que se sumaba a otros proyectos emprendidos con anterioridad por parte de un partido político que, desde sus inicios, mostró un especial interés en el sector editorial y del libro, como un «campo fecundo

para instrumentar políticas culturales y mercantiles que fortalecieran el quehacer político de la Lliga Regionalista» (Dalla Corte y Espósito, 2010, 275).

Tras recabar el capital financiero necesario, de origen cien por cien argentino, se puso en marcha una operación en la que, además de Vehils, participaron intelectuales españoles y argentinos como Victoria Ocampo, Carlos Mayer y Oliverio Girondo. Julián Urogiti, que había salido de Espasa-Calpe en compañía de Gonzalo Losada, asumió la dirección editorial, mientras que López Llausàs quedó como gerente y hombre fuerte de la empresa, encargado de supervisar las finanzas. Con el paso de los años, López Llausàs se fue haciendo con el control de la editorial: compró todas sus acciones y asumió la dirección de Sudamericana hasta su muerte en 1979, formando un excelente tándem con Urogiti, durante los años en los que este se mantuvo a su lado, y demostrando una gran visión comercial que hizo de la editorial un modelo de crecimiento exponencial y sostenido. Durante las tres décadas en las que estuvo al frente en primera persona (luego tomó el relevo su hijo), López Llausàs conformó un catálogo variado en el que, además de autores exiliados (Salvador de Madariaga o Francisco Ayala), tuvieron una alta cuota de protagonismo las traducciones de *bestsellers* y de autores contemporáneos (William Faulkner, Virginia Woolf, Aldous Huxley, Truman Capote, Hermann Hesse, Thomas Mann) y las primeras obras de autores argentinos que luego formaron parte del canon, pero a los que, en aquel momento, nadie se atrevía a publicar: *Adán Buenosayres* (1948), de Leopoldo

Marechal; *El túnel* (1948), de Ernesto Sábato; *Bestiario* (1951), de Julio Cortázar; o *Misteriosa Buenos Aires* (1951), de Manuel Mujica Láinez. Dentro de ese heterogéneo catálogo también tuvieron cabida los libros de no ficción (obras históricas de Rafael Altamira, Claudio Sánchez Albornoz, Eugenio d'Ors, o una versión ampliada y revisada del *Diccionario de filosofía* de Ferrater Mora), e incluso un título convertido hoy en clásico manual de autoayuda (*Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie), del que se hicieron multitud de ediciones que vendieron más de un millón de ejemplares. Fueron los años en los que la editorial se expandió por toda América y por España, donde López Llausàs fundó en 1946 la Editorial y Distribuidora Hispano-Americana S.A. (EDHASA), para que se distribuyese desde Barcelona toda su producción americana.

En 1958, el hijo de López Llausàs, Jorge López Llovet, incorporó como asesor literario para Sudamericana al editor gallego Francisco Porrúa (1922-2014), quien había demostrado un excelente olfato al frente de Minotauro, una pequeña editorial que Porrúa había fundado en Buenos Aires, en 1954, y en la que, firmando con varios pseudónimos, él mismo había traducido por primera vez al español las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury y otras obras maestras de ciencia ficción. Ejerciendo como lector anónimo para la editorial, Porrúa rescató a un autor como Cortázar (cuyo *Bestiario* había sido un fracaso de ventas), del que después publicó obras como *Las armas secretas* (1959), *Los premios* (1960) o *Rayuela* (1963), y descubrió a otros

como Italo Calvino, Alejandra Pizarnik o Gabriel García Márquez, cuya novela *Cien años de soledad* (1967) supuso un éxito sin precedentes en un libro de ficción y marcó un punto de inflexión en la historia de Sudamericana.

En definitiva, y como él mismo reconoció en una entrevista concedida hacia el final de su vida, López Llausàs tuvo la suerte de llegar a Argentina en el momento justo en el que el mercado editorial del país comenzaba a expandirse y en el que, si sabía aprovechar la oportunidad, un hombre con su visión del negocio y su capacidad de trabajo podía triunfar *perfectamente*, como así sucedió:

«Fui con Gaziél, que había tenido que dejar también la dirección de La Vanguardia, a hacer y a vender libros. Toda la vida recordaré que Gaziél, al atravesar en tren la selva colombiana y ver aquellas cabañas de indios colgando de los árboles, exclamó, espantado: “Escolteu, López, aquí hem vingut a vendre llibres? Si en sortim vius ja farem prou!...”. Y el azar me llevó a la Argentina, donde no hay indios sino gauchos, a los cuales he vendido centenares de miles de libros de los mil quinientos títulos que he publicado en Editorial Sudamericana, en mis treinta años de dirigirla. La Argentina y los argentinos confieso que me han proporcionado muchas satisfacciones y que me han permitido trabajar a gusto, que es lo único que sé hacer» (Porcel, 1970, 43).

La última editorial argentina directamente vinculada con el exilio español es Emecé Editores, fundada en Buenos Aires, en 1939, por el gallego exiliado a Argentina Mariano Medina del Río, con

la colaboración del catedrático y escritor Álvaro de las Casas Blanco (1901-1950), y gracias a la aportación económica de la familia Braun Menéndez, cuyo hijo Carlos había sido compañero de estudios del primero. De la unión de las iniciales de los cuatro nombres (Mariano y Carlos, Medina y Casas) nacieron las siglas de la editorial, Emecé (Sánchez Illán, 2015, 569). Aunque durante una primera etapa se dedicó a publicar libros relacionados con Galicia y su cultura, la incorporación a la empresa del abogado argentino Bonifacio del Carril, en 1947, dio un giro radical a un catálogo en el que muy pronto aparecieron los *bestsellers* extranjeros y éxitos locales que se convertirían en la marca de la casa. Entre los primeros, destacan por encima del resto las primeras ediciones en español de *El extranjero* (1948), de Albert Camus, *Los idus de marzo* (1948), de Thornton Wilder, y *El principito* (1951) de Antoine de Saint-Exupéry, a las que luego se sumaron títulos de Kafka, Faulkner, Moravia o Hemingway. Con respecto a la literatura nacional argentina, Emecé tuvo el inmenso acierto de publicar en 1951 *La muerte y la brújula*, de Jorge Luis Borges (que ya colaboraba con la editorial desde 1943); obra con la que la editorial «da inicio a la publicación sistemática del autor argentino que el sello suele exhibir con orgullo» (De Diego, 2006, 98).

A esta «edad de oro» de la industria editorial argentina le sucede una etapa de unos veinte años, entre mediados de los cincuenta y mediados de los setenta, en la que se produce una consolidación del sector a través de la aparición de nuevas editoriales que ya no tienen ninguna relación con el fenómeno del exilio

español, sino que nacen desde la propia sociedad argentina, como una respuesta a demandas específicas del mercado nacional y de un público lector cada vez más amplio. La primera de estas editoriales es Eudeba (Editorial Universitaria de Buenos Aires), fundada en 1958 por iniciativa del filósofo y antropólogo Risieri Frondizi (1910-1985), por entonces rector de la Universidad de Buenos Aires, quien consideró la necesidad de dotar a la institución de una potente editorial y, con ese propósito, contrató a Arnaldo Orfila Reynal (todavía director del FCE) para que diseñara la estructura que debía tener el proyecto. Durante unos meses de dedicación, Orfila trazó esas líneas maestras y en junio de 1958 propuso para el cargo de director al editor porteño Boris Spivacow (1915-1994), quien estuvo al frente del sello durante unos primeros años en los que Eudeba se convirtió en una de las editoriales más prestigiosas de Iberoamérica.

Bajo el lema «Libros para todos», Spivacow puso en marcha una editorial que, desde sus inicios, se separó claramente del resto de editoriales universitarias que solamente publicaban libros de investigación o eruditos destinados al consumo interno de sus instituciones. Eudeba fue más allá y, sin descuidar la edición de manuales y monografías, dentro de su colección Temas de Eudeba apostó también por la divulgación universitaria a través de colecciones como Cuadernos, en la que se tradujeron muchos títulos de la célebre colección *Que Sais-je*, editada por Presses Universitaires de France, y otras como *Lectores de Eudeba*, *Ediciones Críticas* o *Arte para todos*, con las que se pretendió ir más allá

del ámbito estrictamente académico para ofrecer productos rigurosos y de calidad que satisficieran la sed de saber de unas clases medias cada vez más interesadas en la cultura. De forma complementaria, el otro gran acierto de la editorial fue crear una amplia red de distribuidores locales y regionales que posibilitó que su excelente y variado catálogo llegase a cada rincón del país donde hubiese un lector. Como ha explicado Amelia Aguado, «la mayor innovación de Eudeba fue su sistema de distribución. Los quioscos de Eudeba estaban instalados en lugares estratégicos: en las facultades de todas las universidades del país, en las estaciones de trenes y subterráneos, en la calle. Y no sólo en Argentina, sino también en el resto de América Latina» (Aguado, 2006, 150).

El 3 de agosto de 1966, después de ocho años de intenso trabajo en los que se dice que Eudeba había publicado un título por día y nada menos que once millones de ejemplares, el golpe militar liderado por el general Juan Carlos Onganía (1966-1970) y la posterior intervención de las universidades del país forzó la dimisión de Spivacow y su equipo, con lo que se cerraba la etapa sin duda más brillante en la historia de la editorial. Durante los años siguientes, la inestabilidad política del país y los cambios en la orientación ideológica de las personas que estuvieron al frente de Eudeba hicieron que el proyecto decayera considerablemente. El golpe militar de marzo de 1976 supuso un nuevo revés para el proyecto y la ruptura definitiva con el espíritu que había animado la empresa; a partir de ese momento, «la producción se limita prácticamente a la re-

edición de libros teóricos universitarios y algunas colecciones “neutras” en lo político: de hecho, se abandona la aspiración de producir “Libros para todos”» (Aguado, 2006, 151).

A los pocos días de salir de Eudeba, Spivacow y su grupo emprenden la aventura de fundar una nueva editorial, el Centro Editor de América Latina (CEAL) (1966-1995), que es, en buena medida, continuación del proyecto desarrollado en la primera. Como ya había hecho en Eudeba, Spivacow arranca esta nueva andadura con la premisa de encontrar un buen canal de distribución que permitiese a sus libros llegar donde otros no lo hacían. Con ese fin, lo primero que hace es firmar un acuerdo con la Cooperativa de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines, dueña del monopolio de la distribución de prensa en el país, lo que le permite distribuir su producción en todos los quioscos de la calle, no sólo en Argentina, sino también en las grandes capitales de América Latina. Esta decisión marcó, de alguna manera, la apuesta de CEAL por un formato de edición, el fascículo, que ya había triunfado en Europa y Estados Unidos, pero que en América Latina todavía era minoritario. Gracias a la publicación por entregas, editó obras de gran formato que se vendían por capítulos en los quioscos y que, de otra manera, no hubiesen estado nunca al alcance del público debido a su precio. En muy poco tiempo, la editorial multiplicó el número de sus colecciones y bajo el lema «Más libros para más» (continuación del «Libros para todos»), practicó la misma política editorial que tanto éxito había proporcionado a Eudeba: «Un ritmo de producción incesante,

sin desmedro de la calidad, un cuidado obsesivo en lograr el menor coste posible, la representación de orientaciones ideológicas diferentes y la presencia de temas atractivos para públicos diversos» (Aguado, 2006, 155). Quizá la diferencia más notable con el proyecto de Eudeba es que CEAL no apostó tanto por los textos universitarios y las traducciones de autores extranjeros y, en cambio, si concedió una mayor atención a la producción original sobre temáticas argentinas y latinoamericanas.

Al igual que había sucedido con Eudeba, la editorial se vio afectada por las turbulencias políticas del país, sobre todo a partir de la represión desatada tras el golpe de 1976 y de la censura a la cultura que impuso el gobierno de Jorge Rafael Videla (1976-1981). De hecho, uno de los episodios más tristes y recordados de dicha política afectó directamente a CEAL, cuando el juez Gustavo de la Serna decretó la destrucción de un millón y medio de ejemplares editados por el Centro, que primero fueron requisados del almacén de la editorial y luego quemados, en 1980. Pese a estas dificultades, CEAL ha quedado en la historia de la edición argentina moderna como uno de sus hitos porque, entre 1966 (fecha de fundación de la editorial) y 1995 (fecha de su cierre, tras la muerte en 1994 de Spivacow), logró publicar casi cinco mil títulos, reunidos en un total de setenta y siete colecciones. Como dice José Luis de Diego, Eudeba y CEAL «marcaron una época en la que eran posibles emprendimientos editoriales que atendieron más a la cultura que al dinero, y en la que confluyeron una generación de intelectuales comprometidos

con los proyectos y una buena parte de la clase media en ascenso que encontró en aquellos libros los instrumentos más idóneos para su formación» (De Diego, 2010, 51).

Como balance de este período que abarca las décadas centrales del siglo xx, se puede decir que el desarrollo de la edición en Argentina viene marcado por una paradoja consistente en que el auge de esa «época de oro», favorecido por la debacle del sector en España después de la guerra y por el hecho de que en México todavía no existía un sector potente, no vino acompañado de la consolidación de un mercado propio dentro del país, sino que se apoyó fundamentalmente en el mercado externo. Por el contrario, cuando ese mercado se empezó a cerrar, gracias a la recuperación de la edición española¹ y al auge de la mexicana, fue precisamente la demanda interna lo que posibilitó la consolidación de una industria editorial nacional. Si durante la época dorada se produjo «un floreciente despegue en lo cuantitativo y un impacto débil en la consolidación de un campo cultural y literario propio», a partir de los años sesenta, y en virtud de esas variables ya señaladas, «esa relación se invierte» (De Diego, 2010, 48).

En el período que media entre 1976 y 1989, la industria editorial argentina entra en crisis, debido a la inestabilidad política del país y a una coyuntura económica nada favorable. Durante el llamado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), la dictadura de general Videla aplicó una política cultural caracterizada por la represión y la censura, tanto a nivel público (leyes, decretos, persecuciones, etcétera), como

en el ámbito de la ilegalidad y el uso de los mecanismos de poder del Estado. Desde el punto de vista del mundo editorial, la dictadura supuso el fin de una de «primavera cultural» que había posibilitado que, a la altura de 1974, y gracias a ese auge del mercado interno, el número de ejemplares editados hubiese alcanzado los niveles de aquellos años en los que Argentina había sido el principal exportador de libros en todo el ámbito hispanohablante (De Diego, 2010, 51). En este sentido, no es casualidad que sea durante esta etapa cuando se produzca la desaparición de varias editoriales acusadas por la censura y el declive de otras como Sudamericana, que había alcanzado su apogeo en la década de los sesenta, y que tras el golpe militar vio como dos de sus autores de referencia –Julio Cortázar y Manuel Puig– eran prohibidos o «desaconsejados», mientras que alguno como Ernesto Sábado dejaba de escribir novelas y otros abandonaban su catálogo (De Diego, 2006^a, 174). Con la llegada de la democracia al país y la presidencia de Raúl Alfonsín (1983-1989), se abrió una etapa de regeneración para Argentina que hizo creer en una posible reconstrucción del campo cultural, aunque también de polémicas muy intensas entre los intelectuales que se habían exiliado y los que habían permanecido en el país. Quizá lo más destacado del lustro fue «la labor realizada por dos editoriales [Bruguera y Legasa] con sede en España, pero que prestaron especial interés a la producción de los escritores argentinos exiliados» (De Diego, 2006^a, 181), y la alianza de Sudamericana con la editorial Planeta en 1984, que posibilitó la reedición de autores argentinos

(además de C rtazar, Ricardo Piglia, Leopoldo Marechal o Eduardo Mallea) y prefiguró esa política de fusiones y absorciones de empresas editoriales que se consolidó en los años noventa.

CONCENTRACIÓN Y GLOBALIZACIÓN: HACIA UN NUEVO PARADIGMA

Durante los últimos veinticinco años, la industria del libro en español ha estado dominada por un imparable proceso de concentración editorial en el que los grandes grupos han ido absorbiendo o integrando a editoriales de tamaño pequeño o medio que, o bien han desaparecido, o bien han pasado a formar parte de empresas multinacionales que, en el contexto de una economía globalizada, han propiciado un cambio de paradigma en el sector. Como ha sintetizado con acierto Malena Botto, dicha política se caracteriza por una serie de comportamientos entre los que destacan: la pretensión de convertir el libro en un «bien cultural», en el sentido de convertirlo en un «producto para la acumulación irreflexiva o el consumo inmediato»; la reducción drástica de las tiradas (con la excepción de los *bestsellers*), con el objetivo de limitar pérdidas y segmentar la demanda para adaptarla al mercado globalizado; una política invasiva que pretende desplazar a otros sellos de las librerías, monopolizando la promoción en los medios de comunicación y vendiendo libros en espacios aparentemente hostiles (los supermercados, por ejemplo) que han perjudicado, fundamentalmente, a la figura del librero; y la desaparición de lo que podríamos llamar el «catálogo de fondo» (cuando se agota un libro, rara vez se reimprime).

Junto a estas medidas, conviene destacar también la atención que han dedicado estos grandes grupos al libro de bolsillo (cada uno de ellos ha creado una o varias editoriales dedicadas, exclusivamente, a este formato) y el hecho de que, con honrosas excepciones, casi nunca apuestan por autores jóvenes o desconocidos, sino que su nutren de autores consagrados que tengan como aval algún éxito comercial (Botto, 2006, 214-219).

Durante los años noventa y dos mil, la mayor parte de editoriales surgidas en México y Argentina, dominadoras del mercado editorial en español durante varias décadas, han pasado a formar parte de alguna de esas grandes corporaciones. Entre 1989 y 1991, y dentro de esta tendencia general, Joan Grijalbo vendió el cien por cien de sus acciones al grupo italiano Mondadori, dando lugar con ello a la aparición del grupo Grijalbo-Mondadori que, a su vez, después fue absorbido por la alemana Random House. Ya en 2012, y siguiendo con ese proceso de concentración, Random House Mondadori (perteneciente a la multinacional alemana Bertelsmann AG) adquirió la inglesa Penguin y un año después cre  el macrogrupo Penguin Random House. En el caso de Sudamericana, que en 1984 había iniciado una sociedad con Planeta, durante los noventa disolvió esa unión y termin  integrándose en la propia Random House Mondadori en 1998, donde pasó a ser un sello más dentro de un conglomerado que agrupa nombres como Lumen, Debate o Plaza y Janés, entre otros muchos. Por su parte, el Grupo Planeta, del que hoy forman parte editoriales como Seix Barral, Ariel, Crítica, Destino o Temas de Hoy,

en 1985 adquirió la editorial mexicana Joaquín Mortiz, en 1992 invirtió en torno a diez mil millones de pesetas en la compra de Espasa Calpe, en el año 2000 compró Emecé y en 2003 hizo lo mismo con la también argentina Ediciones Paidós.

Evidentemente, la venta de todas estas editoriales ha tenido un impacto negativo en la industria editorial mexicana y argentina, que ha visto cómo la labor de tantos años de trabajo ha quedado en manos de empresas y grupos multinacionales de capital extranjero. Por buscar la parte positiva, esta concentración ha dejado un vacío que ha sido parcialmente cubierto por una serie de pequeñas editoriales independientes que, con mucho esfuerzo y escasos recursos, han mantenido una intensa actividad que ha servido para evitar la muerte de la edición puramente nacional. Así ha sucedido, sobre todo, en el caso de Argentina, donde han aparecido editoriales como Beatriz Viterbo, Adriana Hidalgo Editora, Paradiso, Simurg o Bajo la Luna, por citar las más destacadas. En el caso de México, la situación es distinta porque el panorama sigue dominado por la preeminencia del Fondo de Cultura Económica y, dentro de la edición

académica o universitaria, de Ediciones de la Universidad Autónoma de México. No obstante, sellos como Siglo XXI (que en 2011 se constituyó en un grupo con sede en México, pero del que también forman parte Siglo XXI de Argentina y la editorial española Anthropos), Ediciones Era, Ediciones Trilce o, más recientemente, Sexto Piso y Vaso Roto Ediciones, ambas con sede también en España, han aportado color y frescura a un panorama diverso y en continua evolución.

Al margen de lo que pueda suceder en el futuro, lo que sí parece claro, a luz de los datos expuestos, es que las grandes multinacionales extranjeras y españolas son perfectamente conscientes de la importancia estratégica y económica del sector del libro. Desde esta perspectiva, y por proporcionar un último dato que me parece muy ilustrativo, baste decir que al hablar del mercado del libro en español lo estamos haciendo de un mercado formado por más de cuatrocientos millones de potenciales lectores hispanohablantes que, según la revista *The Economist*, en el año 2008 ya era el segundo mayor del mundo y el primero en cuanto al número de traducciones (Fernández Moya, 2009, 65).

¹ La recuperación del sector editorial en España durante la década de los cincuenta propició que, ante la limitación del mercado nacional, varias editoriales decidiesen comercializar parte de su producción a través del establecimiento de filiales en distintos países iberoamericanos (Argentina, México, Colombia, Brasil), como ya hicieron Gustavo Gili y Salvat en la década de los cincuenta (Fernández Moya, 2015, 580). Ya en los sesenta y setenta, sellos como Bruguera, Aguilar, Labor, Espasa Calpe, Santillana o Planeta, hicieron del mercado americano uno de sus principales clientes, lle-

gando a exportar entre el 40% y el 60% de su producción. En casi todos los casos se apostó primero por la exportación de libros impresos en España, como una forma de tomar contacto con el país y estudiar sus posibilidades. Después, y ante las medidas protectoras impuestas por países como México, lo que eran filiales comerciales se convirtieron en filiales productivas que adaptaron sus títulos y formas de venta a los mercados nacionales del continente, contribuyendo así a la consolidación de una edición local potente en América Latina (Fernández Moya, 2009, 71-72),

BIBLIOGRAFÍA

- Aguado, Amelia. «1956-1975. La consolidación del mercado interno», en De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires, Librería-Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 125-160.
- Dabusti de Muñoz, Teresa María. «Trayectoria de Lorenzo Luzuriaga en Losada, una editorial del exilio», en *Revista de Historia Contemporánea*, nº 9-10, 1999-2000, pp. 395-408.
- Dalla Corte, Gabriela y Espósito, Fabio. «Mercado del libro y empresas editoriales entre el Centenario de las Independencias y la Guerra Civil española: la editorial Sudamericana», en *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 36, 2010, pp. 257-289.
- De Diego, José Luis. «1938-1955. La “edad de oro” de la industria editorial», en De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires, Librería-Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 91-123.
- . «1976-1989. Dictadura y democracia: la crisis de la industria editorial», en De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires, Librería-Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 163-207.
- . «Un itinerario crítico sobre el mercado editorial de literatura en Argentina», *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal*, vol. 10, nº 40, 2010, pp. 47-62.
- Díaz Arciniega, Víctor. *Historia de la casa: Fondo de Cultura Económica (1934-1994)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Fernández Moya, María. «Editoriales españolas en América Latina. Un proceso de internacionalización secular», *Información Comercial Española, ICE: Revista de Economía*, nº 849, 2009, pp. 65-77.
- . «La internacionalización de los editores. Los mercados exteriores», en Martínez Martín, Jesús A. (dir.), *Historia de la edición en España, 1939-1975*. Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 575-595.
- Gracia, Jordi y Ródenas, Domingo. *Derrota y restitución de la modernidad, 1939-2010*, vol. 7, en Mainer, José-Carlos (dir.), *Historia de la literatura española*, Barcelona, Crítica, 2011.
- Larraz, Fernando. «Política y cultura. Biblioteca Contemporánea y Colección Austral, dos modelos de difusión cultural», en *Orbius Tertius*, vol. XIV, nº 15, 2009, pp. 1-9.
- Llanas, Manuel. *L'edició a Catalunya: el segle XX (1939-1975)*. Barcelona, Gremi d'Editors de Catalunya, 2006.
- Martínez Rus, Ana. «El comercio de los libros. Los mercados americanos», en Martínez Martín, Jesús A. (dir.), *Historia de la edición en España, 1836-1936*. Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 269-305.
- Porcel, Baltasar. «Antoni López Llausàs, editor de dos mundos», en *Destino*, nº 1706, 13 de junio de 1970, pp. 42-43.
- Sagastizábal, Leandro. «Arnaldo Orfila, creador de instituciones culturales», en *La Gaceta de Fondo de Cultura Económica*, nº 412, abril 2005, pp. 2-4.
- Sánchez Illán, Juan Carlos. «Los editores españoles en el exterior. El exilio», en Martínez Martín, Jesús A. (dir.), *Historia de la edición en España, 1939-1975*, Madrid, Marcial Pons, 2015.
- Sánchez Vigil, Juan Miguel y Olivera Zaldúa, María. «La Colección Austral: 75 años de cultura en el bolsillo (1937-2012)», en *Palabra Clave (La Plata)*, vol. 1, nº 2, 2012, pp. 29-47.
- Sorá, Gustavo. «Misión de la edición para una cultura en crisis. El Fondo de Cultura Económica y el americanismo en Tierra Firme», en Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina, vol. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*. Buenos Aires, Katz Editores, 2010, pp. 537-566.